

GOBIERNOS PROGRESISTAS

¿ENEMIGOS DE SÍ MISMOS?

Moisés Elías Fuentes

En noviembre y diciembre de 2015 los gobiernos de izquierda que surgieron en América Latina entre fines del siglo XX y la primera década del XXI parecieron caer en una inercia de derrotas electorales y conflictos dentro de sus bases, que dio como resultado el ascenso del empresario derechista Mauricio Macri a la presidencia de Argentina y una incuestionable mayoría de la oposición en la Asamblea Nacional en Venezuela. Como efecto colateral de estos triunfos, en Bolivia el referendo por la reforma constitucional para permitir una reelección más de Evo Morales cerró de manera negativa para éste, mientras que en Ecuador, ante la presión del monopolio mediático, el Congreso derogó dos iniciativas de ley para la regulación de herencias, enviadas por el presidente Rafael Correa, aun cuando en un principio habían sido aprobadas. Y finalmente, en Brasil, la presidenta Dilma Rousseff fue separada de su cargo para enfrentar un juicio *sui generis*, toda vez que no existe una acusación plausible en su contra, mientras que el presidente interino, Michel Temer, se ha apresurado a desarticular los programas de seguridad social implementados por las dos administraciones de Lula da Silva y por las de la misma Rousseff.

Tal escenario ha desatado una serie de especulaciones acerca de la fortaleza de los gobiernos de izquierda, llamados también progresistas, ante las crisis políticas, sociales y económicas. Más aún, este escenario pone en tela de juicio para muchos la efectividad de la izquierda en el poder, la cual se devela incapaz de resolver, con mirada autocrítica y contundencia de hechos, los problemas sociales. En sentido contrario al ciclo de triunfos electorales que se inició con la llegada de Hugo Chávez a la presidencia de Venezuela el 6 de diciembre de 1998, y que continuó con la ascensión de Luis Inazio Lula da Silva a la presidencia de Brasil y la de Néstor Kirchner a la de Argentina, la izquierda en la segunda mitad de esta década parece condenada al fracaso y a salir con más pena que gloria de los espacios de poder que había adquirido. Se habla ya de la dejadez de la izquierda latinoamericana, de su tendencia al clientelismo y la corrupción, de su carencia de nuevos liderazgos y una larga lista de defectos y errores que explican la inhabilidad de sus proyectos políticos para mantenerse en el poder. Para ejemplo bastan dos botones: la caída del gobierno socialista que lideró Salvador Allende en Chile, quien no supo lidiar con la compleja



Mauricio Macri y Cristina Kirchner

situación socioeconómica que empujó al país a una crisis política sin precedentes; y la derrota electoral del gobierno socialista impulsado en Nicaragua por el Frente Sandinista de Liberación Nacional, inteligente y exitoso en su papel de organización guerrillera, pero inepto y corrupto en sus roles de partido político y de gobernante.

Poco después del triunfo electoral de Hugo Chávez en Venezuela, comenzaron algunas voces a hablar del regreso de las izquierdas al poder en América Latina, expresión que resultaba un tanto confusa: si las izquierdas triunfaban a nivel electoral es porque nunca se habían ido, pero por otra parte no regresaban al poder, porque nunca lo habían tenido. Al insistir en el regreso de las izquierdas se hacía pensar en la historia política latinoamericana como un espacio de alternancia y tolerancia *avant la lettre*, espacio en el que las izquierdas se movían a sus anchas y que perdieron debido a sus propios errores. En realidad, el único movimiento socialista que llegó por la vía del voto, antes del liderado por Chávez,¹ fue el encabezado por el doctor Salvador Allende en Chile, cuya presidencia concluyó bajo el fuego de la aviación y la artillería y con el presidente legítimo muerto de una manera oscura que todavía hoy no se esclarece. Augusto Pinochet, general traidor a la democracia que lideró el golpe de estado y se auto erigió como presidente de Chile, impuso, junto con sus secuaces, una represión despiadada que buscó aplastar cualquier intento de resistencia, así como congraciarse con la oligarquía local y con las transnacionales extranjeras, cosa que consiguió, pues desde

¹ En 1979 llegó a la presidencia de Ecuador Jaime Roldós Aguilera, por el partido Concentración de Fuerzas Populares en coalición con socialdemócratas. Sin embargo, ese partido no era precisamente de izquierda, sino más bien populista. Roldós intentó priorizar en su gobierno medidas progresistas por iniciativa propia, que se vieron truncadas por el sospechoso accidente aéreo en que perdió la vida, el 24 de mayo de 1981, dos meses antes de la muerte, en otro sospechoso accidente aéreo, del general Omar Torrijos en Panamá.



Veinte años después del triunfo de la Revolución Cubana, otra guerrilla, la del Frente Sandinista de Liberación Nacional, se alzaba con el triunfo en Nicaragua

un inicio recibió los aplausos complacidos y complacientes de estos dos grupos de poder político y económico. El golpe de estado en Chile fue promovido por una campaña de desprestigio orquestada y dirigida por los medios de información hegemónicos, nacionales y extranjeros, la aplicación del desabasto de productos básicos para provocar la desestabilización económica, el aislamiento internacional y la asfixia financiera, hechos que allanaron el camino para el desconcierto generalizado de la sociedad chilena y para la justificación del movimiento golpista. Detrás de éste, según han develado investigadores y periodistas, estuvo la CIA.²

Veinte años después del triunfo de la Revolución Cubana, acaecido en 1959, otra guerrilla, la del Frente Sandinista de Liberación Nacional, se alzaba con el triunfo, esta vez en un país centroamericano, Nicaragua. Del 19 de julio de 1979 al 25 de abril de 1990 el Frente Sandinista dirigió los destinos del país, convocó a las primeras elecciones libres en la historia nicaragüense, promovió campañas como la de alfabetización nacional, la creación de hospitales y escuelas, el abasto equitativo de alimentos básicos, procuró el fomento de la economía mixta y buscó mercados internacionales para la producción nicaragüense, eminentemente agrícola.

Los sandinistas cometieron errores y horrores administrativos: fueron laxos en la atracción de personal

² Para conocer más a fondo la participación de la Agencia Central de Inteligencia en el golpe de estado contra Salvador Allende, vale la pena consultar *Legado de cenizas. La historia de la CIA*, de Tim Wiener, traducido por Francisco Ramos y editado en 2008 por Debate, en Barcelona.

capacitado en áreas estratégicas, se enfrascaron en discusiones bizantinas con una oligarquía nacional que nunca estuvo interesada en el proyecto revolucionario, se apresuraron a la militarización del país, la cual encargaron por lo regular a gente poco adiestrada en la transmisión de los conocimientos militares a la sociedad civil. Sí, los sandinistas cometieron errores graves durante esos once años, pero la derrota en las elecciones de 1990 no se debió tanto a dichos errores como a la animadversión que les demostró el presidente estadounidense Ronald Reagan casi desde el inicio de su primer mandato, animadversión que no paró mientes, desacatando el fallo de la Corte de Justicia de La Haya, que condenó a Estados Unidos al pago de indemnización a Nicaragua por los daños de las incursiones mercenarias y los sabotajes terroristas. Asimismo, desató la negativa del Congreso estadounidense a sufragar los gastos por la manutención de la llamada *contra* (por contrarrevolución) nicaragüense, asentada ilegalmente en territorio de Honduras con la complacencia servil de la oligarquía hondureña y sus representantes en el gobierno. A tal grado llegó el desacato que hacia 1984 la CIA montó una operación de largo alcance, en la que permitió el flujo constante de drogas desde Bolivia, Colombia y México, a cambio de que los grandes capos del narcotráfico hispanoamericano aportaran dinero para financiar la contrarrevolución nicaragüense.³

Los dos grandes “fracasos” de la izquierda latinoamericana se explican, en mucho, por la resistencia feroz que les opusieron las oligarquías locales y los poderes políticos y financieros exteriores. No es difícil suponer que sin tales factores las experiencias socialistas de Chile y de Nicaragua habrían conseguido un avance sostenido. Tampoco lo es suponer que, desgastadas por el paso del tiempo en el poder,

³ Aspectos fundamentales de esta operación llevada a cabo por la CIA durante la presidencia de Ronald Reagan han sido puntualmente recopilados y verificados por el periodista J. Jesús Esquivel en su libro *La CIA, Camarena y Caro Quintero. La historia secreta*, publicado por Editorial Grijalbo en México, 2014.

o víctimas de sus propios errores y malos manejos de las finanzas públicas, habrían perdido la hegemonía política. Pero, en cualquier caso, el hecho se hubiera presentado dentro de un clima de derecho y no brutalmente forzado por la violencia y el aislamiento económico y político. La derrota del Frente por la Victoria en las elecciones presidenciales en Argentina, la pérdida de la mayoría parlamentaria que ha sufrido el chavismo en Venezuela, o la aprobación del *impeachment*, que ha separado del cargo presidencial a Dilma Rousseff en Brasil, se explican en parte por los desaciertos ejecutivos y legislativos que han cometido los gobiernos de izquierda, eso es innegable. Y apunto desaciertos para no hablar de la corrupción que también ha minado ciertos estratos de estos gobiernos. Sin embargo, tampoco puede negarse que la agresividad política y económica que han implantado las oligarquías locales, apoyadas, a veces de modo sutil, a veces descarado, por los intereses transnacionales y en especial por el gobierno de Estados Unidos, ha jugado también un papel determinante. El *lobby* industrial-financiero-comunicacional no ha cejado sus ataques frontales a las instituciones sociales, económicas, políticas y aun militares de los países cuyas poblaciones, mayoritariamente, decidieron apoyar proyectos políticos de inclusión social.

Si se atiende a las aseveraciones de los *mass media* estadounidenses y europeos, el desabasto de alimentos y de medicinas en Venezuela tiene a la población contra la pared. De por sí acechados por el desempleo, la inseguridad y la administración draconiana de la justicia y la economía, los venezolanos no cuentan siquiera con la ilusión del abasto equitativo y fluido de los productos básicos. Esto, digo, según los *mass media*, que por lo demás no cuestionan hechos como el acaparamiento, la especulación, la intervención descarada de diversos gobiernos en los asuntos internos de Venezuela, así como tampoco la belicosa actitud del secretario general de la OEA, Luis Almagro, quien ha fustigado un día sí y otro también al jefe del ejecutivo venezolano, y que intentó por todos los medios aplicar la Carta Democrática Interamericana, instrumento de derecho internacional para garantizar el libre ejercicio de la democracia en el continente americano, que el señor Almagro quiso interpretar de una manera arbitraria.

Lo que ocurre en Venezuela se reproduce, con sus variantes, en otros países que procuran el establecimiento de políticas sociales incluyentes y que avanzan en la administración de sus recursos naturales. En El Salvador el gobierno del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, conducido por el presidente Salvador Sánchez Cerén, resiste en la actualidad el embate de la oligarquía local representada por la Alianza Republicana Nacionalista, embate que en su expresión más grosera ha incluido acuerdos entre los políticos de ese partido y

cabecillas de las pandillas maras, con el fin de colapsar la seguridad pública e impedir la implementación de programas sociales. Curioso, durante sus periodos presidenciales, el partido ARENA reprobó la existencia de las pandillas maras, pero poco o nada hizo para ofrecer alternativas educativas y económicas viables al grueso de la juventud salvadoreña. Y, dicho sea de paso, con cómoda desmemoria pasaron y pasan por alto que el origen de las maras fue la guerra civil que desató la oligarquía junto con sus aliados en el gobierno y el ejército. La migración surgida como consecuencia del conflicto armado llevó a miles de salvadoreños, entre otras ciudades, a Los Ángeles, California, ciudad en la que ya se había sembrado la semilla de la incordia entre las poblaciones marginadas (afrodescendientes, mexicanos, chinos, etcétera), por lo que la llegada de los salvadoreños exacerbó tal incordia, lo que empujó a muchos de esos nuevos exiliados a protegerse por medio de la violencia pandilleril.

En Nicaragua, donde el gobierno del Frente Sandinista de Liberación Nacional, conducido por el presidente Daniel Ortega, ha conseguido mantener un clima de seguridad pública efectiva del que distan mucho de gozar los demás países centroamericanos, la oligarquía local y sus aliados extranjeros acusan a los sandinistas de haber violado los principios básicos de la constitución política, a más de haber pactado acuerdos beneficiosos con sectores políticos y económicos, a espaldas del pueblo nicaragüense. Lo que olvidan decir los detractores del gobierno de Ortega es que la descomposición de las cúpulas políticas y empresariales de la derecha no la provocó el sandinismo, sino la sistemática aplicación del clientelismo y el nepotismo, aunados a los despilfarros de la alta burocracia, las exenciones millonarias de impuestos al alto empresariado local y extranjero, así como la falta casi absoluta de programas de beneficio social. Los pactos de ciertos sectores políticos y económicos con el Frente Sandinista, en todo caso, salvaron de la implosión a la derecha local, ya de por sí disminuida por sus errores y vicios.

El FMLN en El Salvador se inspiró en las luchas sociales del político y patriota salvadoreño Farabundo Martí, quien murió asesinado, como miles de sus compatriotas, durante la represión de 1932, planificada y ejecutada por el ejército bajo las órdenes del general Maximino Hernández Martínez, por aquel año recién erigido dictador del país. Hernández Martínez declaró ilegal al Partido Comunista, y como delincuentes fueron perseguidos durante años los comunistas y los opositores a los regímenes militares o cívico-militares de El Salvador

El FSLN retomó en Nicaragua los ideales de soberanía nacional del patriota Augusto César Sandino, quien peleó con todas las desventajas contra la intervención estadounidense en el país, desde fines de la década de 1920

hasta poco antes de la de 1930. Liberal que comprendió la importancia de la organización del pueblo durante su estancia en el México pos-revolucionario, donde conoció de primera mano las luchas sindicales, los ideales revolucionarios y la búsqueda de justicia social, Sandino murió asesinado a traición por órdenes del general Anastasio Somoza García, fundador de una dinastía despótica que dominó al país por cincuenta años.

La historia de criminalización y persecución de las fuerzas políticas y sociales de izquierda se repite en toda América Latina. La izquierda amanecía legal y anochece delincuencia; sus líderes terminaban asesinados, confinados por años en las cárceles o, en el mejor de los casos, en el exilio. De ahí que la emergencia de las guerrillas está ligada a los climas de intolerancia impuestos por los regímenes de derecha, por lo que resulta ahora incoherente que la derecha latinoamericana hable de la intolerancia de la izquierda. Seamos claros: la izquierda, guste o no, fue la que propició la llegada de auténticas democracias en los países de la región. Las derechas latinoamericanas poco hicieron por la inclusión social durante los años en que mantuvieron la hegemonía política y económica. Argentina, Bolivia, Brasil, Ecuador, Uruguay y Venezuela se desendeudaron a partir de las gestiones de los gobiernos de izquierda, progresistas. Ahora, la derecha insiste en el discurso de un neoliberalismo que desfondó y desfonda a los países en que se ha implementado. Esta falta de nuevo discurso se advierte en el desencuentro de Macri con el grueso de la sociedad argentina, con la desesperación de la mayoría derechista legislativa por desestabilizar al ejecutivo venezolano, mientras que el gobierno interino de Temer en Brasil se cae a pedazos.

Chile fue el primer país en que se impuso el neoliberalismo en América Latina, vía el golpe de estado dirigido por Augusto Pinochet. De ahí en adelante, por medio a veces de dictaduras militares, como en Argentina, Bolivia, Brasil, Paraguay y Uruguay, otras veces mediante el arribo de tecnócratas ultraderechistas, como en México, República Dominicana o Venezuela, el proyecto neoliberal radicalizado por el consenso de Washington avanzó con pie firme en Latinoamérica. La injerencia del gobierno de Estados Unidos en la región es manifiesta, y buena parte de los gobiernos regionales ha carecido del mínimo pudor al aceptar tal hecho. La imposición de la dictadura en Chile ocurrió mientras ese país se hallaba empantanado en la guerra de Vietnam, el mayor desastre militar, político, económico y social que ha sufrido en su historia como imperialismo. Durante la década de 1960, con la guerra en el sudeste asiático en pleno apogeo, diversas organizaciones de cooperación del gobierno

⁴ Con una equilibrada noción de la crítica histórica, la periodista Naomi Klein recorre el advenimiento y la imposición del neoliberalismo en su libro *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*, publicado en Barcelona por Paidós en 2010, con traducción de Isabel Fuentes García, Albino Santos, Remedios Diéguez y Ana Caerols.

estadounidense becaron a chilenos para cursar economía en la Universidad de Chicago, carrera profesional que estaba al mando de Milton Friedman, a la sazón el padre del neoliberalismo y la doctrina del shock, que tuvo en Chile su primer conejillo de indias.⁴

Y también, por aquel año de 1973, Estados Unidos, con Richard Nixon en la presidencia y Henry Kissinger en el Departamento de Estado, lograron, por un tiempo, alejar a nivel diplomático a China y la Unión Soviética. Estos hechos desmienten la vergonzosa idea que sostienen muchos “líderes de opinión” en diversos medios de comunicación, en el sentido de que el gobierno estadounidense, enfrascado en las invasiones de Afganistán y de Irak, descuidó por una temporada a Latinoamérica. Los golpes de estado fallidos en Venezuela, Bolivia y Ecuador, y los golpes de estado consumados en Honduras y Paraguay, demuestran que Estados Unidos nunca ha “descuidado” a la región. El ocaso de los gobiernos progresistas, vistos estos elementos, no es una realidad ni un destino tajante, como muchos han pretendido. Ciertamente estos elementos no son los únicos, pero no pueden obviarse al momento de analizar los reveses que han sufrido los gobiernos de izquierda en estos tiempos en Latinoamérica. La izquierda tiene que centrarse en la renovación de sus perspectivas sociales en el futuro próximo; debe comenzar el impulso efectivo de la producción de materias secundarias para romper la subordinación a las materias primas; se impone también la revisión de sus cuadros, para alejarse del clientelismo y los cotos de dominio que promueven la corrupción.

Aun así, soslayar la actuación de los poderes fácticos y de las oligarquías locales en su búsqueda de recobrar el dominio absoluto de las sociedades latinoamericanas, resulta por lo menos ingenuo. Cimentada en la agresividad política, el descrédito y el linchamiento mediático de los rivales u opositores, la desestabilización económica, el azuzamiento de la inseguridad pública, la actuación de los poderes fácticos y de las oligarquías en los países con gobiernos progresistas no es un ejemplo de democracia, sino de una clase social que no está interesada en la evolución de las sociedades, sino en su involución. ☒

Moisés Elías Fuentes (Managua, 1972). Nicaragüense. Licenciado en Lengua y Literaturas Hispánicas por la Universidad Nacional Autónoma de México. Maestrante en Estudios Latinoamericanos por la misma casa de estudios. Ha publicado el libro de poesía *De tantas vidas posibles* (Centro Nicaragüense de Escritores, 2007), la traducción del inglés al español, en colaboración con Guillermo Fernández Ampié, de *Ciudad tropical y otros poemas*, de Salomón de la Selva (Academia Nicaragüense de la Lengua, 2009). Ha seleccionado y prologado las antologías *El lago y la torre. Seis poetas vanguardistas nicaragüenses* (México, 2011) y *Andanza y voces de los tres Ernestos. La generación nicaragüense del 40* (México, 2013), ambas en la colección Molinos de Viento de la UAM. Colabora en las revistas *Casa del Tiempo* (UAM) y *Timonel* (Instituto Sinaloense de Cultura). Es profesor de tiempo completo en la preparatoria Iztapalapa 1 del Instituto de Educación Media Superior de la Ciudad de México. Obtuvo la nacionalidad mexicana en 2008.